

Escépticos, pero...

Yo también soy escéptico, pero...". Esta sentencia, a cuyo *pero* suele seguir una larga retahíla de credulidades, es una especie de etiqueta que permite distinguir a los auténticos escépticos de los disfrazados, una señal de alarma que resuena en nuestros oídos cada vez con mayor frecuencia y que delata a quienes gustan de autocalificarse de *escépticos* para revestir sus disparates y despropósitos de una cierta credibilidad frente a aquéllos que ponen en práctica el escepticismo científico a la hora de encarar todos los asuntos susceptibles de tal tipo de aproximación. Son *escépticos* a los que el *pero* desmascara como a esos *defensores* de los derechos humanos y de la libertad que, por ejemplo, afirman: "Yo estoy en contra la pena de muerte, pero..."

El *escéptico, pero...* es un tipo particular de cultivador de *disciplinas exóticas* catalogado desde hace tiempo en el mundillo pseudocientífico. Está el ufólogo *escéptico* respecto a la parapsicología, *pero* no a las abducciones; el vidente *escéptico* respecto a las aptitudes de sus colegas, *pero* no a las suyas; el arqueólogo *escéptico* respecto a las visitas extraterrestres en la antigüedad, *pero* no a los milagros; el médico *escéptico* respecto a los sanadores por la fe, *pero* no a la homeopatía; el periodista esotérico *escéptico* respecto a lo que publiquen sus competidores, *pero* no cuando es él el que se pone delante del micrófono o del teclado; etcétera. La lista es tan inabarcable como la de las pseudociencias y afirmaciones de lo paranormal, y, aunque todas las variantes tienen en común que limitan su credulidad a un campo concreto, dentro de este grupo de practicantes de lo paranormal cabe distinguir entre el creyente sincero, honesto, y el que se mueve por intereses crematísticos; sin duda, el más dañino.

¿Cómo diferenciar ambas variantes? En primer lugar, por su presencia en los medios. El *escéptico, pero...* honesto no suele prodigarse mucho en prensa, radio y televisión. Y es que su discurso carece, en general, de atractivo para los medios de comunicación de masas: está repleto de jerga pretendidamente científica y resulta, es de justicia decirlo, aburrido. Por el contrario, el *pseudoescéptico* que se mueve por dinero participa activamente en el *círculo* de las revistas esotéricas, los programas de radio y televisión, y los ciclos de conferencias en los que el misterio cotiza alto. El segundo rasero que permite clasificar a los *escépticos, pero...* se basa en su actitud hacia el escepticismo organizado, caracterizada por el respeto y hasta la colaboración entre los creyentes honestos, y por el desprecio y la descalificación entre los mercaderes. En puridad, habría que decir que los auténticos *escépticos, pero...* son los primeros. Los segundos sólo lo son en tanto en cuanto se han visto empujados a ello por la sobreabundancia de expertos en cualquier cosa en el mundo del misterio,

en el que, sencillamente, se puede ser una autoridad sin saber siquiera escribir. Es decir, ante la competencia, se han puesto la máscara de la racionalidad para rodear sus dislates de un halo de verosimilitud.

Son éstos que reconocen que efectivamente un supuesto dotado emplea trucos de ilusionismo, pero que, como no le han cazado todos los trucos y se ha hecho inmensamente rico, algo hay; o que critican el mercadeo del mundillo paranormal y se dedican a hacer publicidad a cualquier vendedor de talismanes o de remedios milagrosos en cuanto tienen la menor oportunidad. Sujetos que se presentan ante quienes no conocen sus artimañas como gente de mente abierta y son, en realidad, la avanzadilla de un sector de la irracionalidad que, enmascarándose así, persigue distanciarse de los curanderos semianalfabetos o de los abducidos que aseguran haber vivido experiencias sexuales con medio sistema solar y parte del resto de la galaxia. Individuos con un doble discurso: absolutamente irracional cuando tienen que contentar a su público, al público de las revistas esotéricas o esos programas de radio de madrugada desde los que se embrutece a

la juventud; medidamente pseudocientífico cuando se dirigen a una audiencia más amplia o tienen como interlocutor a alguien mejor preparado en el mundo de la ciencia, al que a veces suelen embaucar con sus halagos. El *escéptico, pero...* de este tipo es,

por lo tanto, un embustero profesional que carece de cualquier motivación intelectual y cuyo móvil es el mismo que el de los astrólogos y las brujitas del 906.

Hay escépticos fuera de ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico, y de ellos no sólo no hay que desconfiar, sino todo lo contrario. Son gente que, simplemente, prefiere ir por su cuenta y que merece todo nuestro respeto y desinteresado apoyo. Pero, ¡ojol!, las apariencias engañan: no todos los que dicen observar la realidad desde una perspectiva escéptica lo hacen, aunque así intenten venderse. Es más, hay ojos críticos *-escepticos, pero...* que pretenden deslindar posturas racionales de irracionales mediante análisis grafológicos y disparates por el estilo. Son los nuevos *gurus* del mentiroso mundo del misterio.